

• Frente a este nuevo milagro, el verdugo se decidió a quitarle la vida, hiriéndola con una espada en el cuello; y así, degollada como un cordero inocente, Inés entregó su vida al Esposo celestial, a quien se había consagrado completamente en esta vida.

3º Virtudes de que Santa Inés nos da ejemplo.

¿Cuáles son las virtudes de que Santa Inés es perfecto modelo, especialmente para las niñas y las jóvenes? Tres particularmente: la vida santa, la pureza y la fortaleza.

• **La vida santa.** Fue Inés un modelo de alma santa. Su santidad de vida se vio asegurada por la educación cristiana recibida de los padres, por las buenas compañías de que supo rodearse, por la oración continua y la huida de la vida mundana. De todo ello nació en su alma un deseo profundo de consagrarse total y exclusivamente a Nuestro Señor Jesucristo. Y como en ese tiempo no existía aún la vida religiosa tal como hoy la conocemos, Inés hizo el voto de castidad, prometiendo a Nuestro Señor no amar a nadie fuera de Él. ¡Gran triunfo de la gracia en una joven aún tan niña!

• **La pureza.** ¡Cuántas ocasiones tuvo que enfrentar Inés para guardar intacta esta bella virtud! Primero, no se envaneció de su belleza, como suelen hacer tan fácilmente las jóvenes, ni se empeñó en exponerla provocativamente, ni coquetamente, como hacen tantas chicas de hoy, perdiendo así su pudor por querer mostrarse bonitas. Luego, confió esta bella virtud a su ángel, segura de que Dios le daría los medios para conservarla. Dios así lo hizo, de modo que ni cuando fue despojada de sus vestidos, ni cuando fue llevada a un lugar de mala vida, temió Inés por su pureza, porque sabía que Dios velaba por protegerla. ¡Cómo nos debe estimular este ejemplo a amar siempre la virtud de la pureza, y a hacer los esfuerzos necesarios para conservarla!

• **La fortaleza.** ¡Qué gran victoria la de la gracia en esta niña, que a sus trece años no sólo no temió las amenazas y los tormentos a que se la expuso, sino que tampoco dudó en morir antes que perder a Nuestro Señor Jesucristo! Mas lo mismo que la gracia de Dios consiguió en ella, podrá conseguirlo en nosotros si de veras queremos agradar a Dios y vivir virtuosamente, ayudándonos a superar todas las tentaciones, a ser fuertes y decididos en nuestra profesión de cristianos, y a vencer todos los respetos humanos.

Pidamos a Santa Inés la gracia de ser fuertes como ella en la práctica de la pureza y de una vida santa, para que alcancemos, a imitación suya, el galardón prometido por Dios a los que luchan por conservar su gracia.

Vida de Santa Inés

El día 21 de enero se celebra la fiesta de Santa Inés, que es en Roma, juntamente con Santa Cecilia, una de las santas más queridas del pueblo fiel, por la cual los antiguos cristianos y Padres de la Iglesia han mostrado siempre particular veneración, viendo en ella uno de los más extraordinarios triunfos de la gracia, pues Santa Inés consagró su vida con el martirio a la edad de tan sólo 13 años. Tratemos de sacar algún provecho de la consideración de su vida, recorriendo sucesivamente:

- 1º Su nacimiento y vida.
- 2º Sus pruebas y martirio.
- 3º Las virtudes particulares de que nos da ejemplo.

1º Nacimiento y vida de Santa Inés.

Santa Inés nació en Roma, hacia el año 290, de padres ricos y temerosos de Dios, que con gran cuidado la educaron según la condición de su nacimiento, pero sobre todo según las leyes de la santa fe cristiana, que profesaban. El mismo nombre de *Inés*, que le dieron, vino a ser una premonición de su inocencia de vida y de su martirio, ya que es la forma femenina (*Agnes*) de *Agnus*, «cordero», símbolo de Cristo, la víctima inmaculada.

Tuvo Inés como hermana de leche a Santa Emerenciana, y como sierva a Santa Domitila; por lo que se vio llevada a la virtud, no sólo por la formación recibida de sus padres, sino también por las buenas amistades de que estuvo rodeada.

La gracia trabajó en el alma de esta niña pura desde sus más tiernos años: la meditación de los sufrimientos y de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo alimentó en ella un tal amor a Nuestro Señor Jesucristo, que le hizo concebir la firme determinación de consagrarse a Él, siendo aún niña, por el voto de castidad perfecta: Jesucristo será su único Esposo, y ella no admitirá en su corazón ningún otro cariño.

Era Santa Inés, exteriormente, una niña agraciada, dotada de gran belleza y de variados encantos. Como es de suponer, al llegar a sus trece años, que era la edad casadera, atrajo sobre sí la mirada de varios pretendientes; y ello, con peligro de la fidelidad que había jurado a Nuestro Señor. Mas la gracia, que tanto había trabajado en su alma hasta ahora, sería su fortaleza en el momento de la lucha.

2º Pruebas y martirio de Santa Inés.

Uno de dichos pretendientes, Procopio, hijo de Sinfronio, prefecto de Roma, se enamoró de Inés después de haberla visto cuando ella volvía de la escuela donde se educaban las jóvenes. Habiéndose informado de todas las cualidades de Inés, y viendo las ventajas que tendría en desposarla, se sirvió de todos los artificios posibles para conseguir su mano.

- Primero acudió a los padres de la joven; mas como éstos querían pensar en el porvenir de su hija con más tiempo y sin tanta prisa, no aceptaron la propuesta de Procopio.

- Por ese motivo, Procopio intentó un segundo ardid: declarar directamente a Inés, por medio de una tercera persona, el afecto que le tenía y los deseos que abrigaba de tomarla por esposa. Inés supo declinar con delicadeza los ofrecimientos del joven romano.

- Finalmente, llevado por la impaciencia en ver cumplido su deseo, Procopio logró encontrarse con Inés y manifestarle personalmente el ardiente amor que le tenía. Para ganársela, le envió joyas, que ella rechazó como cosa vil. El joven no se dio por vencido, y presentó de nuevo a Inés piedras preciosas, ofreciéndole palacios, quintas y una inmensa fortuna, y rogándole que no rechazara el matrimonio que le prometía. Mas la santa rechazó de nuevo sus propuestas, con la siguiente respuesta:

*«Apártate de mí, tizón del infierno, incentivo de pecado, tropiezo de maldad, manjar de muerte; pues ya estoy prometida a otro cuyas joyas son más preciosas que las tuyas; tiene empeñada la palabra con el anillo de su fe; su nobleza, su raza y su dignidad sobrepujan en mucho a las tuyas... Ha estampado ya su signo sobre mi frente, y jamás consentiré otro amante... El cuarto nupcial está dispuesto; óyense ya los conciertos, y los cánticos son de un coro de vírgenes... Su Madre es virgen, su Padre no tiene esposa; sírvenle los ángeles, los astros le admiran; sus perfumes resucitan a los muertos; a su contacto sanan los enfermos... Yo le guardo mi fe, y a Él me he entregado con amor inmenso. **Amándole permanezco casta, abrazándole quedo siempre pura, y tomándolo por esposo nunca perderé mi virginidad.** Después daré a luz sin dolor, y mi familia aumentará cada día».*

Al escuchar los razonamientos de Inés, el hijo del gobernador, creyendo que Inés le hablaba de un gran señor del que ella estaba frenéticamente enamorada, y al cual la pasión la hacía llamar su Dios, su Esposo, su vida y su alma, sintió en sí tantos celos que cayó enfermo. Súpolo su padre, el cual trató también de persuadir a la joven Inés para que aceptara las propuestas de su hijo; mas al negarse Inés con la misma firmeza que antes, quiso indagar quién sería el hombre que así había logrado cautivar el amor de la joven.

«Inés –le dijeron sus espías– es cristiana, y desde niña está encantada con procedimientos mágicos que la inducen a decir que Jesucristo, el Dios de los cristianos, es su esposo».

Como era gobernador de la ciudad, Sinfronio hizo conducir a Inés delante de su tribunal, y allí, con toda clase de promesas y de amenazas, trató de intimidar a Inés para que aceptara el matrimonio con su hijo, asegurándole que, de otro modo, la condenaría a las peores afrentas y a los más horribles tormentos por su profesión de la fe cristiana.

—¿Tú quieres conservar la virginidad? –le preguntó–. ¡Pues bien! Yo te obligaré a ir al templo de Vesta para que ofrezcas allí, de día y de noche, los venerandos sacrificios.

—Si he rechazado a tu hijo, que es un hombre vivo dotado de inteligencia –le contestó Inés–, ¿cómo te atreves a esperar que me incline ante tus dioses que no tienen vida?

—Me compadezco de tu edad –replicó Sinfronio–; reflexiona y no te expongas a la ira de los dioses.

—Dios no tiene en cuenta los años –volvió a decirle Inés–, sino los sentimientos del alma. Mas estoy viendo que tratas de arrancarme lo que nunca conseguirás de mí. Pon en práctica todos tus medios de seducción; que yo todo lo puedo en Aquél que me conforta.

De esta manera Inés se mantuvo firme en la fidelidad prometida a Nuestro Señor, a pesar de no tener entonces más que trece años (estamos en el año 303). Por ese motivo:

- Mandó Sinfronio que Inés fuese desnudada de sus vestidos, y conducida así públicamente a un lugar de mala vida, donde todos los que lo deseasen pudiesen profanar su pudor en honor de los falsos dioses.

Así se hizo, mas el Señor acudió al punto en defensa de la pureza de su santa, que nunca dejó de esperar en su protección: una larga cabellera le creció en el mismo momento en que los verdugos le quitaban sus vestidos, tan larga que cubría por completo su pudor y lo protegía contra las miradas lascivas de los circunstantes.

Llevada al lugar infame, un ángel protegió su virginidad, no permitiendo que ningún joven se acercara a ella con ánimo de deshonrarla. Tan sólo Procopio, herido por el desprecio que Inés había hecho a su propuesta de matrimonio, decidió intentarlo, pero al punto cayó muerto por el ángel custodio de la Santa. La oración de Inés alcanzó luego del Señor la resurrección del desgraciado Procopio, que salió del lugar donde mantenían cautiva a Inés pregonando que el Dios de los cristianos es el único Dios verdadero.

- Al enterarse la ciudad de estos acontecimientos, todo el mundo tomó a Inés por bruja, encantadora y hechicera, que era una de las acusaciones que fácilmente se lanzaba contra los cristianos a causa de los milagros que Dios operaba en su favor; y así, amotinada la gente, obligó a Sinfronio a darle muerte en una hoguera.

De este modo Inés fue echada en medio de las llamas, mas éstas no le causaron el menor daño, antes bien, la respetaron, como respetaron a los tres jóvenes las llamas del horno ardiente.